

ligiosa vieja (que tan bien sabla parir y criar tales hijas) abrazase y compusiese con sus manos las sanctas reliquias, y no tuviese fuerzas para llevarlas, ni hallase medio para esto, y así estuviese muy congojada y afligida, vinieron súbitamente dos hombres en hábito y forma de mucha reverencia, y tomando en sus manos las sanctas reliquias, y llevándolas en compañía de su maestra, las sepultaron honrosamente junto á la ciudad de Roma, á gloria de Dios Padre, y de su unigénito Hijo Jesucristo, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

AL LECTOR.

Es tan grande, tan dulce y tan admirable el fruto que se recibe de la historia de los sanctos mártires, que demas de lo arriba escrito, no pude dejar de dar parte al cristiano lector de la consolacion que yo recibí leyendo estos tres martirios que aquí escribo: el uno desta virgen nobilísima, por nombre Anastasia, de edad de veinte años; y otro de un obispo, no ménos noble, y de la misma edad, por nombre Clemente; y el tercero de un compañero y discípulo suyo, aun de menor edad, llamado Agatángelo; ambas escriptas por Simeon Metafraste. Y será bien referir aquí lo que Nicéforo, historiador grave, dice (g) del martirio de Sant Clemente, y de su discípulo, en el libro de su Historia Eclesiástica. Sus palabras son estas:

En tiempo de los cruelísimos emperadores Diocleciano y Maximiano, padeció un nuevo género de martirio Clemente, obispo de Ancira, con su compañero Agatángelo; porque veinte y ocho años duró la conquista de su glorioso martirio. Y á mi juicio, despues que Dios crió el mundo, no se han hallado tales mártires como estos dos, que con tanta ventaja sobrepujasen á los que padecieron por fuego, hierro, piedras y maderos, y á los que pelearon con bestias fieras, y sufrieron largas prisiones y cárceles, y á los que padecieron de diversas maneras en la tierra, en el aire y en las aguas, y á los que fueron martirizados con grande frio ó calor, y á los que finalmente perdieron la vida con cualesquier penas y tormentos; porque á todos estos con gran ventaja exceden estos dos gloriosos mártires. Los cuales primeramente fueron atormentados en Roma, y despues en Nicomedia, sucediendo unos atormentadores á otros, acabando unos y comenzando otros mas crueles que los pasados, ejecutando unos un linaje de tormentos, y otros inventando otros, hasta que despues de todos ellos experimentados, perdieron la esperanza de vencerlos, y dieron fin á su martirio, mandándolos degollar. Lo susodicho es de Nicéforo.

CAPITULO XXII.

Comienza la historia del martirio del bienaventurado Sant Clemente y de su compañero Agatángelo.

En el año de docientos y cincuenta despues del nacimiento de nuestro Salvador, siendo emperador Valeriano, nació esta dichosa planta en la ciudad de Ancira, que es en la provincia de Galacia. Era este sancto de muy alto y noble linaje, y de padres ricos, aunque el padre era infiel, mas la madre, que habia por nombre Sofia, era muy católica y religiosa. Muerto el padre en las tinieblas de su error, quedóle este hijo niño que ella criaba á sus pechos. Y despues de llegado á edad de po-

(g) Niceph. lib. 7. cap. 14.

der ser enseñado, la madre empleaba todo su cuidado en adornarlo de todas las virtudes. Y sintiendo la buena madre que se allegaba el fin de sus dias, tomando al hijo (que era ya de doce años), y abrazándolo con grande amor, y deseando hacerle no ménos heredero de los tesoros del cielo que de su patrimonio, hablóle desta manera:

Hijo mio, hijo muy amado, hijo que primero que vieses á tu padre, viste tu horfandad, mas Dios te ha sido padre, y él te ha enriquecido, pues él usó de tu horfandad para tu felicidad. Yo te dí ese cuerpo que tienes, mas Cristo te reengendró con su espíritu. Conoce ese padre, y procura que no tengas ese nombre de hijo en vano. Sirve á solo Cristo, y en él pon toda tu esperanza; ca él es la inmortalidad, él la salud, y él es el que descendió del cielo por nuestro amor (a), y nos levantó consigo á lo alto, y hizo sus hijos. Y por tanto quien obediere á este Señor y Padre, vencerá todas las cosas, no solamente á los reyes y tirannos que adoran los ídolos, mas tambien á los demonios que moran en ellos. Dichas estás palabras, y sus ojos llenos de lágrimas, comenzó á profetizar á su hijo lo que le habia de suceder en la vida, y así le dijo: Ruégote, hijo muy amado, por cuanto viene ya acercándose una grande persecucion contra la Iglesia, que por todo lo que debes á esta madre que te crió, me otorgues esta gracia, y me des esta honra, que estés fuerte y constante en la confesion de Cristo; y yo confío en él, ó hijo mio, que él pondrá en tu cabeza una corona florida de martirio. Por tanto aparéjate con tiempo y con grande ánimo para esta batalla, porque no te halle desaparecebido. Ca no peleamos con flacos enemigos, ni por cosas de poco precio, sino contra muy poderosos adversarios, que son los demonios, y contra sus defensores; y el negocio de que se trata es la gloria y vida eterna, y la infamia, y tormentos que nunca se acaban. Ni sean parte para vencer tu propósito sus promesas, ni tampoco sus amenazas, porque gran vergüenza es, muriendo constantemente los caballeros por el Rey mortal de la tierra, no querer hacer nosotros lo mismo por el Rey inmortal de los cielos; mayormente siendo tan desigual el galardón de los unos y de los otros. Porque ¿qué bien se puede hacer al muerto que nada siente? Mas muriendo por Cristo, en premio desta vida mortal se da la inmortal; y por las riquezas y deleites que corren con el tiempo, se da bienaventuranza perdurable. Mas ¿qué digo? ¿Por ventura si agora no morimos, no habemos de morir poco despues, y pagar esta comun deuda al género humano? Mas la muerte que se padece por Cristo, no se puede llamar muerte, porque con la esperanza del galardón se alivia el sentimiento de su dolor. Y ante todas las cosas debes considerar, hijo, que el Hacedor del universo se hizo hombre por nosotros, y viniendo á la tierra conversó con los hombres, y (lo que sobrepuja toda admiracion) por nosotros siervos ingratos fué el Señor de la majestad condenado, escupido, abofeteado, y finalmente muerto. Lo cual todo padeció por nosotros y por nuestra salud, y por librarnos de la tirannia del pecado, y abriarnos las puertas del cielo. Pues ¿en qué razon cabe que padeciendo él tales cosas por nosotros, no padecemos nosotros algo por él? Estas cosas debes, hijo mio, imprimir en tu corazón, para que no haya cosa que te aparte de la caridad de Cristo: no las amenazas de los tirannos, no nuevos géneros

(a) Ephes. 4.

de tormentos, no miedo de los reyes; sino contra todo esto te esfuerquen los bienes que están aparejados á los mártires, y el reino del cielo, que es el premio del martirio.

Estas cosas decia cada dia la buena madre á su buen hijo, teniendo él ya canas ántes de la edad por su gran prudencia. Y estando ella para partir desta vida, le dijo: Este es el premio que te pido, hijo mio, por los trabajos de la crianza y por los dolores del parto, que sea yo glorificada en los miembros de mi hijo; porque ya yo me parto de tí, y esta luz sensible mañana me falta; por tanto ruégote, luz y vida mia, y entrañas mías, que no me falte esta esperanza. Una mujer hebrea (b) parió siete mártires, y peleó en siete cuerpos; mas tú solo bastas para mi gloria, y para que sea yo bienaventurada entre las otras madres. Ya yo, hijo, me parto de tí, y mi cuerpo se apartará de tus suavísimos ojos, mas mi ánima estará siempre pendiente de la tuya, con cuya virtud confiadamente me presentaré ante el tribunal de Cristo, gloriándome en tus trabajos, y en las señales de las heridas que recibirás por él. Esto decia la buena madre á su hijo, y juntamente besaba todos sus miembros, diciendo: Dichosa yo que beso los miembros de un mártir, y los miembros que se han de ofrecer á Cristo en sacrificio; y diciendo esto, y abrazándolo, y hablando dulcemente con él, acabó en paz, encomendando su espíritu á Dios, y el cuerpo á las dulces manos de su hijo.

Entonces el piadoso hijo, sepultado honrosamente el cuerpo de su madre, tomó el estado de la vida monástica, cumpliendo en esto el mandamiento de su madre, que era dejar el mundo el que despues por Cristo habia de dejar la vida. Quedando él pues en esta edad huérfano de padre y madre, tomó á Dios por padre, el cual le proveyó de otra madre que en el nombre, y en la nobleza, y en la sanctidad y riquezas, era semejante á la primera, porque tambien se llamaba Sofia; la cual noche y dia se ocupaba en la oracion. Y habiendo sido ella muy deseosa de tener hijos, carecia dellos. Mas la divina Providencia, que dende lo alto provee todas las cosas, no consintió que su siervo en aquella tierna edad careciese de madre, y así le proveyó desta. La cual como mujer sancta y sabia, criaba este nuevo hijo con tanto amor y cuidado, como si ella lo pariera; y no era menor el amor y reverencia que él tenia á ella. Comenzó luego el sancto mozo como tierra fértil á dar frutos de bendicion. Porque habiendo una grande esterilidad y hambre en la tierra de Galacia, él recogia los niños huérfanos y pobres que andaban por las calles hambrientos y desnudos, y vestíalos, y manteníalos, dándole para esto su buena madre con mucha alegría todo lo necesario para el reparo de sus cuerpos; mas él tomaba á su parte el cuidado de las ánimas, criándolas en toda virtud, y en la fe y amor de Cristo. Y con este cuidado y doctrina, de tal manera les aprovechó, que andando el tiempo, vinieron á padecer con él. Y desta manera la buena Sofia, que ántes carecia de hijos, vino á tener muchos y muy virtuosos. Mas Clemente en este tiempo, desechando de sí todo regalo del cuerpo, se mantenía con solas legumbres, acordándose de aquellos tres sanctos mozos que usaban deste manjar, mediante el cual, ni el fuego de los vicios, ni el del horno de Babilonia pudo nada con ellos (c).

Mas porque convenia que la candelá se pusiese sobre

(b) 2. Machab. 7. (c) Dan. 1. et 5.

el candelero de la Iglesia, ordenó Dios que el que resplandecia con tantas virtudes, enseñase á otros el camino de la salud. Y así por comun consentimiento de los moradores de Galacia le dieron primero cargo de proponer la palabra de Dios, y poco despues fué ordenado de diácono y sacerdote; y pasados dos años, cuando él cumplía los veinte, viendo el pueblo en aquella edad las canas y madurez de la virtud, le escogieron por obispo. Y puesto en esta dignidad comenzó á tener mayor cuidado de los huérfanos, enseñándolos toda buena doctrina, y administrándoles el sancto bautismo. Y á fama desta buena institucion acudian á él de los lugares comarcanos muchos padres, ofreciéndole sus hijos para que él los doctrinase, los cuales él criaba y enseñaba como si fueran sus propios hijos. Estos fueron los primeros frutos desta buena planta.

§. I.

Del principio del imperio de Diocleciano, y del martirio de Sant Clemente.

Mas tiempo es ya que vengamos á tratar de su martirio. Para lo cual es de saber, que en este tiempo comenzó á imperar Diocleciano; el cual luego en el primer año de su malvado imperio, envió edictos á los adelantados de todo el imperio romano, mandándoles que á fuerza de tormentos desterrasen del mundo el nombre de cristianos, prometiendo grandes premios y favores á los que en esto pusiesen mayor cuidado. Llegando este mandamiento á Domiciano, presidente de Galacia, fué ante él acusado Clemente, diciendo dél que habia traído gran número de mozos al conocimiento de Cristo, y que condenaba el culto de sus grandes dioses. Mandó luego Domiciano traer á Clemente ante sí, el cual procuró primero atraerle con blandas y fingidas palabras y promesas; mas el sancto ningun caso hacia, ni de sus honras, ni de sus promesas, ni tampoco de sus amenazas.

Viendo el juez su constancia, quitada esta máscara, comenzó á vomitar la ponzoña que tenia en su corazón; y así, desnudando al mártir, y amarrándolo á un madero, mandó que le rasgasen las carnes con garfios de hierro.

Esta manera ahondando las heridas, le arrancaron tanta carne, que ya se le parecia la figura y forma de las entrañas, y él estaba tan descarnado y tan cubierto de sangre, que apenas los ojos de los que presentes estaban podían sufrir un tan doloroso espectáculo. Mas el sancto mártir ni se alteró en su ánimo, ni mudó el semblante de su rostro, ni dijo palabra alguna lastimera, ni dió los gemidos que suelen dar los que son atormentados; mas perseverando con mas seguridad que los que presentes estaban, y como si sintiera ménos los dolores que los mismos que le atormentaban, ocupaba su ánimo en dar gracias á Cristo su capitán que lo esforzaba. Y habiéndose gastado mucho tiempo en este tormento, y estando ya cansadas las manos de los atormentadores, y perseverando él con un esforzado y generoso corazón, pretendiendo el juez quebrantar aquella firme roca: No pienses, dijo, que tú has de ser poderoso para vencer mi fortaleza; porque aunque estén cansados los que hasta aquí te atormentaban, yo mandaré suceder otros de refresco, que acaben de despojarte de toda la carne que queda, hasta descubrir todos tus huesos. Acudieron pues estos de nuevo, haciendo lo que los pasados, hasta cansarse tambien como ellos.

Mas aquel cruel tiranno maravillándose por una parte de la constancia del mártir, y por otra hallándose corrido y vencido dél, mandó que le desatasen del madero; el cual estaba tal, que hasta los ojos de los verdugos no sufrían verlo, porque estaba despojado de su carne, y solamente parecía hombre, por quedar en él la armazon de los huesos, los cuales estaban bañados en sangre. Por lo cual el tiranno desesperado de poderle vencer por via de fuerza, volvió á tentarle con blandas palabras, y así le decía, que si quiera por un breve espacio diese algun alivio á aquel miserable cuerpo, y no quisiese mostrar valentía y esfuerzo en una cosa tan vana, y padecer muerte por ella. Pero el mártir, no haciendo caso destas palabras, respondió: Esta muerte con que me amenazas, quitando la vida á mi cuerpo, acarrea la inmortalidad á mi ánima. Por tanto ya que sabes esta mi determinacion, no cures de palabras, sino pon por la obra todo lo que quisieres, y no dejes de probar todo lo que te pareciere intolerable de sufrir. Entonces el cruel tiranno, tomado de su acostumbrada ira, dijo: Este hombre es un animal porfiado, por tanto herilde reciamente en la cara, y en la boca, porque por tener él sola esta parte de su cuerpo sana, usa desta libertad de hablar. Luego entre los verdugos, los que eran mas humanos le herian con las manos, y otros no osaban tocar en él, porque estaba todo su cuerpo tan deshecho que apenas se podia tener en pié; mas los que eran mas crueles, herianle con piedras en la boca. Entonces el mártir dijo: No es este para mí tormento, porque grande honra es del siervo padecer lo que su señor, el cual fué abofeteado, y su siervo Sant Estéban apedreado; y alivia este mi trabajo la imitacion de la passion, y la igualdad de la honra de los que son mayores que yo. Y diciendo esto levantaba los ojos á Cristo su capitán, dándole gracias con toda devocion. Entonces Domiciano, perdida la esperanza de vencer al mártir, mandó que le volbiesen á la cárcel, y que dos hombres le llevasen del brazo, pareciéndole que no se podria menear por los tormentos pasados. Mas aquel Señor, que confirma los flacos, y levanta los caidos, no quiso que tuviese él necesidad desta ayuda; mas desechando de sí los que le querian llevar, se fué por su pié á la cárcel. Espantado el tiranno de tan grande fortaleza, dijo á los que presentes estaban: Tales soldados habia menester el Emperador, que tuviesen tales espíritus en las cosas arduas. Pero él no será mas presentado ante mi tribunal. Yo lo enviaré al emperador Diocleciano, porque él solo será poderoso para vencerle. Y dicho esto escribió al Emperador todo lo que habia pasado, y mandó llevarlo preso de la ciudad de Ancira á Roma, donde estaba Diocleciano. Viéndose el mártir fuera de su ciudad, levantando las manos y el corazon al cielo, comenzó á decir: Señor Dios, que ordenas todas las cosas para la salud del género humano, y nos abres muchos caminos de salud, suplicote por esta mi ciudad, y por las ánimas que en ella han creído, para que no caigan en el lazo del demonio, ni sean engañadas con el artificio de los tirannos. No consentas que ellos sean desterrados desta ciudad que los crió, sino tú que volviste á Jacob á la casa de su padre (d), y le libraste de las manos de Esaú, y heciste que los huesos de Josef fuesen llevados de la tierra de Egipto á la sepultura de sus padres, ten por bien de volverme á esta ciudad que me engendró y crió hasta la edad presente, para que así se le vuelva este su de-

(d) Genes. 32. 33. Exod. 15.

posito. Hecha esta oracion, comenzó alegremente su camino.

Llegado pues á Roma, y dadas las cartas á Diocleciano, mandó que le presentasen á Clemente. Viendo él su rostro alegre y generoso, y disimulando lo que tenia en su ánimo, y maravillándose de haber padecido lo que las cartas testificaban, dijo al mártir: ¿Eres tú aquel gran Clemente, que tienes un esforzado y generoso ánimo? Mas fuera razon que ese ánimo emplearas en cosas grandes, y no en defender esa vana creencia que provoca nuestra ira, y mueve nuestros dioses á venganza, á los cuales debes esa fortaleza que tienes, con la cual pudiste resistir á tan grandes tormentos, para que así vieses al conocimiento de la verdad. Y diciendo esto puso delante los ojos del santo, oro, plata, vestiduras ricas, insignias de magistrados, y dignidades que le prometia, y de otra parte instrumentos para atormentar: que eran manos de hierro, camas de hierro, ruedas, y peines de hierro, parrillas, calderas, asadores, sartenes, cadenas pesadas, y otra muchedumbre de instrumentos terribles de ver. Y hecho esto, mirando al mártir con blando rostro, y mostrando aquellas riquezas, le dijo: De todo esto te harémos merced, si adorares nuestros dioses.

Pues apartando el santo sus ojos de aquellas riquezas, y escarnesciendo dellas, y dando un gran gemido por lo que le habian dicho, respondió: Destruídos sean vuestros dioses, y vosotros con ellos. Entonces el Emperador, mirando con rostro airado á Clemente, y volviendo los ojos á aquellos géneros de tormentos: Estos (dijo él) están aparejados para los que blasfeman de nuestros dioses. El mártir á esto respondió: Si vuestros tormentos como pensais son terribles é intolerables, y vuestros dones resplandecientes y magníficos, ¿cuáles os parece que serán los dones de Dios? Y ¿cuáles los castigos y rios de fuego que tiene aparejados á los malos? Porque vuestro oro y plata ¿qué son sino polvo y lodo, y materia vil y sin fructo, subjecta á los ladrones? Y vuestras vestiduras preciosas ¿qué son sino hilos y habas de gusanos, é invencion de hombres bárbaros? Tales pues son vuestras cosas. Mas las de Dios, por el contrario, tienen deleites inmortales, y resplandor perpetuo; ca no temen las mudanzas y vueltas del tiempo, ni saben qué cosa es vejez, sino siempre perseveran en la misma flor de su hermosura.

A esto respondió Diocleciano: Paréceme, Clemente, que hablas bien, y sientes mal; porque con tus palabras tratas de la inmortalidad, y por otra parte pones tu esperanza en un hombre mortal, que es vuestro Cristo; el cual dicen haber padecido innumerables penas por mano de los judíos, por los cuales fué crucificado. Mas nuestros dioses son inmortales, y libres de toda molestia y dolor. Verdad es, dijo el mártir, lo que dices; porque ¿cómo han de morir los que nunca vivieron, y cómo han de sentir los que carecen de sentido?

§. II.

Renuévase los martirios del santo en el tribunal de Diocleciano.

Indignado el Emperador con estas y otras semejantes palabras, deja las palabras, y vuélvese á los tormentos. Y así mandó atar el mártir á una rueda, y traerla con grande impetu al derredor, y que en este mismo tiempo azotasen cruelísimamente al mártir con varas. Y cuando la rueda le tomaba debajo, quebrantábasele los huesos, y cuando volvía á lo alto, descargaban los verdugos so-

bre él sus azotes. Mas él estando en este tormento, volviéndose á Cristo diciendo: Señor mio Jesucristo, ven á ayudarme, y levantarme del peso deste tormento, porque me han cercado dolores de muerte (e): Favoréceme, Señor, para gloria tuya y confesion de tu nombre, y para confusion y deshonra de tus enemigos, y para esforzarme á padecer por tí mayores dolores. Hecha esta oracion, luego cesó el movimiento de la rueda y el tormento de los azotes, y todas las ataduras se soltaron, y el mártir fué restituido á su primera sanidad. Por donde muchos de los romanos que asistian á este espectáculo, se convirtieron á Cristo, y comenzaron á dar voces diciendo: Grande es el Dios de los cristianos. Mas el mártir decía: Doite gracias, Señor mio, por haber querido que yo padeciese en esta gran ciudad, y en presencia de tantos hombres por tu unigénito Hijo, que tambien padeció por nosotros, y dió su sangre en precio de nuestro captiverio. Y luego contó por sus nombres los santos de Roma. En esta ciudad, dijo él, Sant Pedro glorificó á Dios, y Paulo lo predicó, y Clemente (cuyo es mi nombre) lo adoró, y el divino Onésimo confesó; por quien ellos tambien padecieron: los cuales agora son venerados de los fieles, y de aquí á pocos dias lo serán los emperadores. Esto dijo profetizando el fin y destruición de la idolatría.

Estas palabras encendieron mas la ira de Diocleciano, y por eso mandó que le despedazasen la boca con unas puntas muy agudas de hierro, con lo cual los dientes quedaron movidos y las mejillas quebrantadas; mas la voz del mártir nunca se reprimió, ni la libertad de hablar se remitió. Y diciéndole los verdugos que callase, él no cesaba de hablar mas alto, hecho como una estatua de metal, que mientras mas golpes le dan, mas suena. Por lo cual, fatigado el Emperador y desconfiado, mandó que lo volbiesen á la cárcel. Mas la muchedumbre de aquellos que habian creído, así hombres como mujeres, por el milagro de la rueda, juntándose todos en uno entraron en la cárcel, y postrándose á sus piés, pedian con grande instancia el divino bautismo. Movido pues el santo con esta fe y devocion bautizó á todos juntamente con sus hijicos. Y á la media noche les apareció una vision celestial, que era una luz tan grande que ni se puede explicar con palabras ni la sufrían ver los ojos: la cual así como un relámpago esclarecia aquella cárcel, y en medio de aquella luz apareció un hombre con muy alegre rostro, vestido de una resplandeciente vestidura, y llegándose á Clemente le puso en las manos un pan y un cáliz, y hecho esto desapareció, dejando á los que allí estaban atónitos y enmudecidos con esta vision tan admirable. Y conociendo el santo varon ser esta la materia del santísimo Sacramento, hechas sus oraciones y pronunciando las palabras de la consagracion, dió la sancta communion á los que estaban ya bautizados. Viendo pues otros muchos al santo, y creciendo el número de los fieles, y haciendo iglesia de la cárcel, los carceleros dieron cuenta al Emperador, el cual mandó que los prendiesen de noche, y si no quisiesen negar la fe de Cristo, los matasen sin ninguna remision. Siendo pues todos presos, holgaron mas de perder esta vida temporal que negar á Cristo que nos crió, amó y murió por nosotros. Y así salidos fuera de la ciudad, ofrecieron sus hijos al Señor como unos santos sacrificios, sin que alguno faltase, sino solo uno cuyo ánimo era mas ju-

(e) Psalm. 17.

venil; porque no quedó por huir de la batalla, sino para pelear con mayores dolores. Este era el admirable Agatángelo, de quien comenzáremos ya á tratar.

Mas Diocleciano mandando traer ante sí á Clemente, y dándole á entender que estaba arrepentido de lo pasado, comenzó á alabar al santo mártir y tratarle blandamente para ver si por esta via le podia convencer. Mas viendo que nada aprovechaba, dejada aquella fingida mansedumbre, comenzó á descubrir su ponzoña é imaginar otro terrible tormento, movido á esto por consejo de un hombre principal llamado Anfion. Y el tormento era, que muchos hombres juntos trabasen de sus miembros de tal manera, que los desencajasen de sus lugares naturales, y demas desto, que cuatro verdugos juntamente le estuviesen azotando con niervos secos de toro.

Habiendo pues el mártir sufrido este tormento con admirable constancia, díjole Diocleciano: Veo, Clemente, que eres muy porfiado; mas no pienses que me has de vencer, porque agora te atormentaré con garfios de hierro, porque tambien tú eres de hierro y careces de sentido como él, y quizá por esta via te despertaré dese profundo sueño que duermes. Bien dices, respondió el santo, ó Emperador, que duermo, porque duermo un dulce sueño adormeciéndome Cristo los dolores con la esperanza de los bienes advenideros, y esforzándome á padecer por él mayores trabajos; el cual tambien me hace velar y estar atento para que hable libremente y predique su santo nombre. Diciendo esto el santo, mandó el Emperador á los verdugos que dejasen de azotar al mártir, y lo levantasen en un madero, y rasgasen su cuerpo con garfios de hierros hasta que le consumiesen todas las carnes y estuviese todo desangrado, sin quedar mas que la armazon de los huesos. Hecho esto, mirando el mártir cuál estaba, y vuelto al tiranno, dijo: No es este el cuerpo que tú despedazas; ca ningun dolor siento cuando lo despedazas, porque el cuerpo que me dió la naturaleza ya quedó consumido con los tormentos pasados, sin quedar parte dél; y este nuevo cuerpo que agora despedazaste me dió mi Señor Jesucristo, y consumido este, él me dará otro, porque no le faltará materia de que lo haga.

Dichas estas y otras muchas palabras, mandó el Emperador que le aplicasen hachas de fuego ardiendo, las cuales eran deleitables al santo, porque eran luz que le alumbraban sin quemarle. Por lo cual espantado el Emperador de tan grande fortaleza, y volviéndose á los que presentes estaban: Muchos, dijo él, destes malaventurados cristianos tengo atormentados y muertos, mas nunca tal corazon ni cuerpo tan robusto he visto como este. Por tanto yo determino enviarlo á Nicomedia á Maximiano, compañero de mi imperio, el cual pienso que tendrá las cosas deste hombre por un prodigio increíble; ca no pienso haber él visto jamas semejante constancia. Y diciendo esto con grande admiracion, mandó que el mártir con sus prisiones fuese llevado por mar á Nicomedia, para ser examinado de Maximiano, dándole cuenta por carta de lo que habia pasado primero con Domiciano y despues consigo; diciendo que eran cosas que sobrepujaban toda la fe y fuerzas de la naturaleza humana; añadiendo mas, que si le pudiese vencer y atraer á su religion (lo cual él no esperaba), le haria gran placer en tornárselo á enviar para muestra de su grande ingenio y prudencia.